

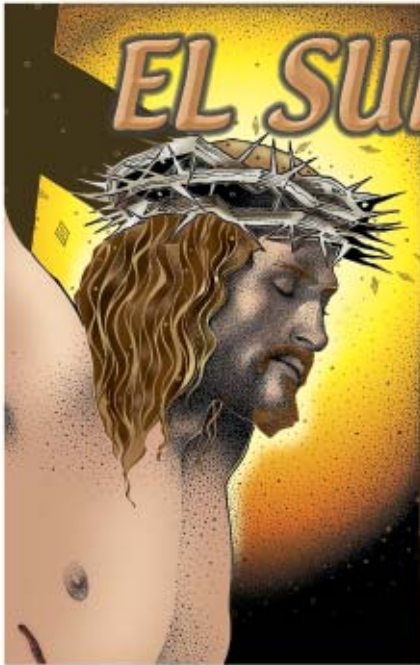
"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

Editado

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos
Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina



Hace un tiempo, en una de esas noches en que el cansancio nos rinde luego del trabajoso día, tuve un sueño muy especial. Me trasladaba de una manera que no comprendía hasta la Jerusalén de los días en que Cristo predicaba su Evangelio. A mi llegada, la gente se agolpaba en las calles mirando algún

extraño espectáculo que yo, por mi lejanía, no lograba observar. Repentinamente, me vi trasladado al borde de la polvorienta callejuela donde un pobre hombre, con las vestiduras desgarradas, era obligado a llevar una pesada cruz: "¡El Señor!", grité, "¡Cristo mío, eres tú!" y a mi lado una voz gruesa y cargada de odio me recriminó: "Si ese es tu Señor, deberías morir como él, por mentiroso y ladrón".

Inmediatamente fui trasladado sin saber cómo a la cima del Gólgota, el "lugar de la calavera", el sitio donde se crucificaba a los sentenciados. Allí con espanto ví cómo Jesús era maltratado: a empujones lo llevaron hacia el lugar donde habían cavado un agujero para introducir la Cruz, que se hallaba colocada sobre el suelo. Lo desnudaron entre burlas y golpes. Yo quería intervenir de alguna manera y en ese momento, cuando el Cordero de Dios era recostado en la dura madera, giró su cabeza ensangrentada y sus ojos hallaron los míos. Un golpe de luz se encendió en mi interior y mi corazón dió un vuelco entre el gozo y la desesperación por defender a ese inocente, a ese hombre santo entre todos los santos que con mansedumbre estaba dando su vida por todos los pecadores. Y recordé cuantos desagradecidos, malvados, corruptos, malhechores, inmORALES hay en este mundo cargado de podredumbre. Cuántos que pecan de pensamiento, de palabra, de omisión y no entienden que así vuelven a matar a Jesús, vuelven a clavarlo en su Cruz, vuelven a cam-

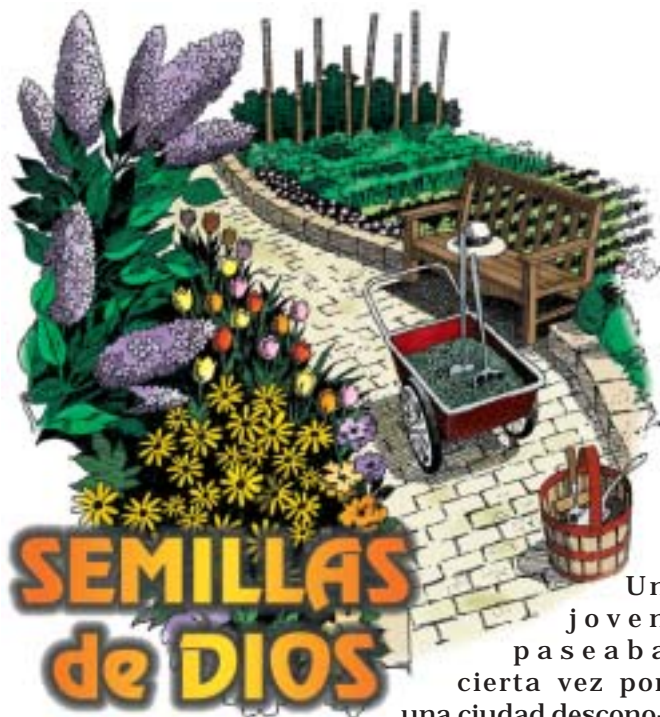
biarle mal por bien. Y maldije a los desagradecidos, a los indolentes, a los necios que, a pesar de todo, no advertían la gravedad de sus culpas.

No pudiendo soportar más la impotencia y el dolor ante tanta injusticia, empujando a los que me rodeaban, me lancé en una loca carrera hacia el bendito crucificado, que en ese instante sufría bajo los golpes del martillo la indescriptible transfixión. En mi afán de ayudarlo, no pensé sino en quitarle de encima esos buitres que se ensañaban con Mi Dios, mucho más cuanto más manso Él se entregaba, hombres sin sentimientos ni bondad alguna. Ya mis pies me llevaban en pos del martirio: "¡Es mi Señor, debo morir junto a él!" murmuraba decidido. Ya estaba al alcance de mi mano uno de esos asesinos, el más encarnizado, el que con más fuerza castigaba con su martillo las benditas manos de Cristo. Sin dudar lo atacé por la espalda, para desprenderlo de su satánica tarea y, al posar mi mano en su hombro, se volvió lleno de furia, los ojos horrorosamente transformados en una mueca de placer y perversidad, la boca con los dientes apretados de ira, el mazo en la derecha y dos enormes clavos entre los dedos de su mano izquierda. La impresión de su vista fue tal que caí de rodillas. Nada de lo que pensaba pudo hacerse realidad. Sólo atiné a mirarlo y luego a Jesús, que otra vez había posado sus dulces ojos en mí. Un grito se ahogó en mi garganta y caí rostro en tierra al descubrir que ese ser, ese demonio, ese maldito matador de inocentes: ¡era yo! Esos ojos eran los míos, cuando miro con desprecio a mis hermanos o me deleito en un espectáculo sensual y prohibido; esas manos eran las mías, ¡mis manos!, cuando con ellas me niego a ayudar a quienes me rodean, cuando me dejo llevar por la pereza, la comodidad, la pesadez; esa boca feroz y agresiva era la mía, cuando ofendo a Dios -¡tantas veces!- hablando mal de los demás, haciéndolos culpables de mis faltas, cuando no conozco ni acepto medida para mi gula, mi ira, mis silencios hirientes, cuando defiendo mi opinión sin aceptar explicaciones ni razones mejores. Las lágrimas me quemaban las mejillas, los golpes seguían uno tras otro, y no fue hasta que cesaron, cuando me atreví a levantar el rostro de la tierra para comprobar que, ya sufriendo por ser transpasados sus pies, el Cordero de Dios, Mi Jesús, el Divino Maestro, aún me miraba y penetraba mi alma con su Misericordia.

Desperté de un salto, los ojos húmedos de llorar, las sábanas apretadas entre las manos y el corazón

desbocado. Sabía que nunca iba a olvidar ese sueño. Y sabía que no fue sólo una mala pesadilla. Así entendí que mi vida debía cambiar y que la única manera de evitar que ese hombre satánico siguiese clavando a Cristo en la Cruz era dejar de hacerlo yo, abandonar el pecado y seguir el llamado de aquella mirada santa que me llamaba a convertirme mientras me susurraba al corazón: *“Te perdono, pero no me vuelvas a crucificar”*

Ángel Filocrocce



de semillas, dispuesto a esparcirlas por todo el mundo a manos llenas.



En el corto tiempo que Jacinta pasó en la tierra después de las apariciones en Fátima, ella recibió visiones privadas (1918-1920). En una de esas, Nuestra Señora le dijo: *“Los pecados que llevan más almas al infierno son los pecados de la carne... ¡vendrán modas que ofenderán mucho a Nuestro Señor!”*

El Obispo John Myers, de Peoria, hizo este pronunciamiento acerca de los distintos métodos de anticoncepción (preservativos, pastillas, DIU, etc): *“El clero católico como grupo no ha sabido NUNCA defender esta doctrina (el mal de la anticoncepción). No lo sabía en los años 30 y no lo sabe ahora. La única diferencia es que ahora todo el mundo sabe que ellos no saben nada”*. (Fidelity, 14 de octubre de 1988). Este pronunciamiento es bastante devastador. Sea verdad o no, creo que todos nosotros debemos saber todo aquello que constituye la moralidad, lo que hace a una acción buena o mala. ¿Son malos simplemente, la anticoncepción, el aborto, la homosexualidad, el lesbianismo, la masturbación, porque la Iglesia Católica así lo dice? ¿O hay una razón más profunda?

En la última clase de Confirmación que yo tuve, no podía captar la atención de los estudiantes. Parecía que a los chicos les importaba poco aprender la Fe Católica. Así, en medio de la clase, dejé de hablar y dije: *“¿Cuál es el problema de Uds.? Parece que a Uds. no les importa si aprenden o no acerca de su Fe. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no prestan atención?”*

Después de un rato, ellos empezaron a contestar. Una de sus mayores quejas tenía que ver con la moralidad: *“¿Qué derecho tiene la Iglesia para decirme lo que es bueno y lo que es malo? En el colegio tenemos Clarificación de Valores: nosotros clarificamos los valores que debemos tener. La profesora sólo es una persona Capacitada, un Facilitador. Ella no nos dice los valores que tenemos que tener; ella sólo nos permite por medio de discusiones llegar a nuestros valores. ¿Por qué nos dice usted los valores que tenemos que tener?”*

Fue entonces que yo me di cuenta de cuán necesaria era la preevangelización. Yo les estaba dando el Evangelio y ellos lo que necesitaban era saber por qué. Entonces, me quité mi reloj pulsera y se lo mostré a la clase. *“¿Cómo pueden ustedes determinar si*

este reloj es bueno o malo?” pregunté. Contestaron: “¡Es bueno, si puede dar bien la hora!”

Entonces, pregunté: “¿Qué tiene que ver el hecho de que dé bien la hora, para que sea un buen reloj?”

Ellos contestaron: “Porque ese es el fin del reloj”.

“¿Quién determina la finalidad del reloj: el reloj mismo o el relojero?” pregunté de nuevo.

Todos respondieron: “El relojero”.

“Ah -dije yo- ustedes mismos me han dicho ahora lo que hace que una cosa sea buena o mala. Uds. dijeron que el reloj es bueno porque cumple con el propósito del que lo hizo. Y eso es precisamente el principio básico de la moralidad: o sea que una cosa o las acciones de una persona son buenas si, como el reloj, cumplen con la finalidad del que las hizo”.

Entonces finalmente les pregunté: “¿Quién los creó a ustedes?, ¿se crearon ustedes mismos?” Contestaron: “¡Dios nos creó!” Por lo tanto, concluí: “Nosotros no podemos determinar lo que es bueno y lo que es malo. La Clarificación de Valores de la manera que a veces se usa en la educación pública está equivocada. Nosotros no podemos determinar nuestros propios valores”.

Por lo tanto, nuestras acciones serán buenas o malas dependiendo de si cumplimos o no con ellas la Voluntad de Dios, o sea sus Mandamientos.

KEMPIS
Imitación de Cristo

CAPITULO 2

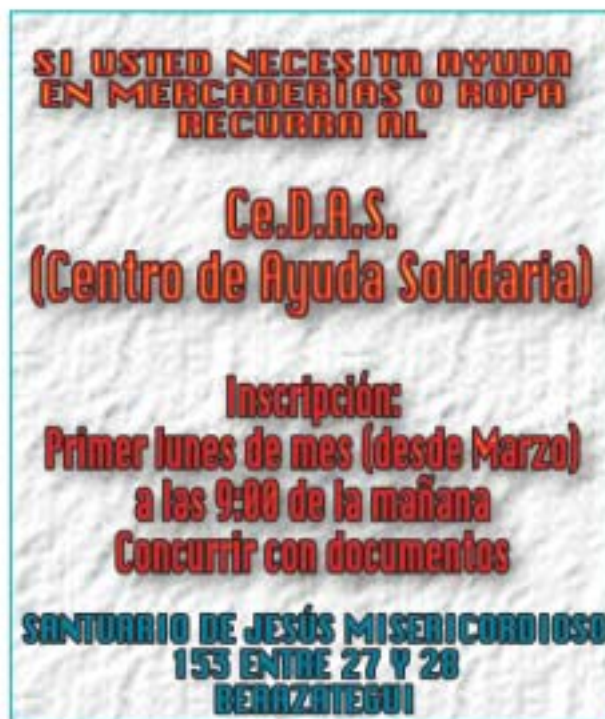
El humilde concepto de sí mismo

El propio conocimiento nos hace humildes

1. Todo hombre posee naturalmente el deseo de saber. Pero ¿de qué vale la ciencia sin el temor de Dios?
2. Mejor es, ciertamente, el humilde rústico que sirve a Dios, que el filósofo que, en su suficiencia y olvidándose de sí mismo, contempla el curso de los astros.
3. El que se conoce a fondo se tiene por vil y no se complace en las alabanzas humanas.
4. Si yo supiera cuanto hay en el mundo y no tuviera caridad, ¿de qué me serviría ante Dios, que me juzgará según mis obras?

Saber, sobre todo, lo necesario para la salvación.

5. Refrena el deseo inmoderado de saber, porque en esto se halla gran distracción y engaño. Los doctos y letrados gustan de ser vistos y tenidos por sabios.
6. Muchas cosas hay cuyo conocimiento, en realidad, poco o nada importa al alma. Y, por eso, muy necio es el que atiende a otras cosas que no son las que conducen a su salvación.
7. Las muchas palabras no dejan satisfecha al alma; es una vida virtuosa lo que conforta la mente y una



conciencia limpia lo que procura gran confianza en Dios.

Responsabilidad del saber

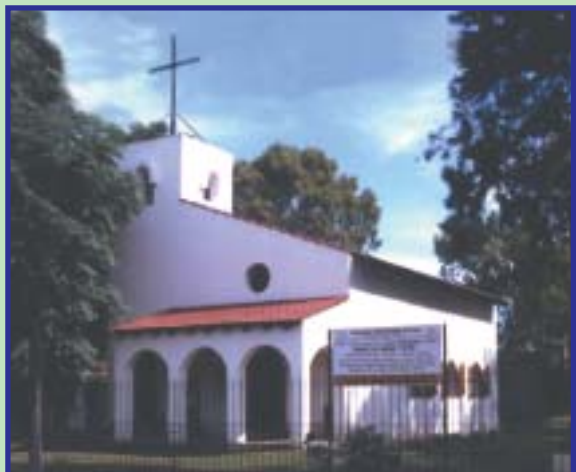
8. Cuanto más y mejor sepas, con tanta mayor severidad serás juzgado, si no vivieres santamente.
9. No te jactes, pues, por tu habilidad en algún arte o ciencia, sino más bien teme por ese conocimiento que se te ha dado.
10. Si te parece que sabes muchas cosas, ten presente, no obstante, que es mucho más lo que ignoras. No te enorgullezcas, antes confiesa tu ignorancia.
11. ¿Por qué pretendes anteponerte a otros, cuando hay muchos más sabios que tú y más doctos en la ley de Dios?
12. Si quieres aprender y saber algo que redunde en tu provecho, procura ser desconocido y tomado por nada.

Conocerse a sí mismo, la más útil de las ciencias

13. Ésta es la más profunda y útil de las ciencias: el verdadero conocimiento de sí mismo y el propio menosprecio.
14. Tenerse a sí mismo en nada y sentir bien y favorablemente de los demás, es indicio de gran sabiduría y perfección.
15. Si vieres a alguno pecar evidentemente y cometer culpas graves, no por eso debes juzgarte mejor que él, porque no sabes hasta cuándo podrás perseverar en el bien.
16. Todos somos frágiles, es cierto; pero tú a nadie tengas por más frágil que a ti mismo.

Continuará

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



...y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

Visite el
“SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO”

**Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
 Pcia. de Bs. As.**

**Horario de visitas y atención:
 Todos los días de 9:00 a 11:00 y
 de 14:00 a 16:00hs**

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

16 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

11) La creación

Dios creó al hombre y todo lo que hay en el cielo y en la tierra, su amor y su poder no tienen límites. Lo hace todo con su sola palabra.

El mundo

Dios existió siempre, desde toda la eternidad. Fuera de Él no existía absolutamente nada. Cuando Él quiso y como Él quiso creó todo lo que hay en el cielo y en la tierra: «Tú creaste todas las cosas y por tu voluntad existen y fueron creadas» (Apocalipsis 4, 11) Sólo Dios puede crear, es decir, hacer algo de la nada. Por eso todas las cosas dependen de Él en su ser y en su obrar, porque no existen por sí mismas sino que existen porque Dios les da el ser y la capacidad de actuar, ya que «todo subsiste en Él» (Colosenses 1,17) y es Él quien da «El querer y el obrar» (Filipenses 2, 13). Lo hizo todo con su Palabra, es decir, con su voluntad omnipotente. Y lo hizo porque quiso.

Cierra los ojos, no ves nada. Ábrelos y ves todo. Así al principio no había nada fuera de Dios y Dios hizo todo. Los seres más perfectos que Dios creó son los ángeles y los hombres.

Los Ángeles

Son seres espirituales creados por Dios; ellos sirven a Dios, lo glorifican y ayudan a los hombres.

Los Ángeles son una multitud, un ejército. De entre ellos, los más conocidos son San Miguel, jefe de todos ellos; San Rafael, protector de los caminantes, San Gabriel que se le apareció a la Santísima Virgen y los santos ángeles de la guarda o ángeles custodios que Dios nos da a cada uno de nosotros para que nos protejan en la tierra y nos lleven al Cielo. El

mismo Jesús dijo, refiriéndose a los niños: «Mirad, no despreciéis a uno de estos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo la faz de mi Padre que está en los Cielos» (San Mateo 18,10) Siempre debes rezarle: «Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día» o también: «Ángel de Dios, que eres mi custodio, ya que El Señor me ha encomendado a ti, ilumíname, guárdame, rígeme y gobiérname. Amén».

Una parte de los ángeles desobedeció a Dios y se hicieron malos, por lo que fueron condenados al Infierno: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que fueron precipitados al Infierno» (2 San Pedro 2, 4 y San Judas 6). Son los demonios o diablos; Ellos tienen envidia de que nosotros no querramos ser como ellos; por eso nos tientan al mal, para apartarnos del camino que nos conduce al Cielo y llevarnos al Infierno. Los demonios son ángeles que se rebelaron contra Dios y fueron condenados al Infierno. Ellos tientan a los hombres para que se condenen como ellos. Para no caer en la tentación hay que rezarle a Dios, como Jesús nos enseñó a decir en el Padre Nuestro: «no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal» (San Mateo 6, 13); hay que amar a la Santísima Virgen María, que «aplastó la cabeza de Satanás» (Génesis 3, 15), es decir, lo venció por el hecho de no haber conocido ni la sombra del pecado; hay que invocar a San Miguel Arcángel que también lo derrotó, con esta hermosa oración:

«San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla: sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes; y tú, oh Príncipe de la milicia celestial, arroja al Infierno, con el divino poder, a Satanás y a los demás espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén».

CONTINUARÁ